

# Himnos a la noche: 1

[Poema - Texto completo.]

Novalis

¿Qué ser vivo, dotado de sentidos, no ama,  
por encima de todas las maravillas del espacio que lo envuelve,  
a la que todo lo alegra, la Luz  
–con sus colores, sus rayos y sus ondas; su dulce omnipresencia–,  
cuando ella es el alba que despunta?  
Como el más profundo aliento de la vida  
la respira el mundo gigantesco de los astros,  
que flotan, en danza sin reposo, por sus mares azules,  
la respira la piedra, centelleante y en eterno reposo,  
la respira la planta, meditativa, sorbiendo la vida de la Tierra,  
y el salvaje y ardiente animal multiforme,  
pero, más que todos ellos, la respira el egregio Extranjero,  
de ojos pensativos y andar flotante,  
de labios dulcemente cerrados y llenos de música.  
Lo mismo que un rey de la Naturaleza terrestre,  
la Luz concita todas las fuerzas a cambios innúmeros,  
ata y desata vínculos sin fin, envuelve todo ser de la Tierra con su imagen celeste.  
Su sola presencia abre la maravilla de los imperios del mundo.

Pero me vuelvo hacia el valle,  
a la sacra, indecible, misteriosa Noche.  
Lejos yace el mundo –sumido en una profunda gruta–  
desierta y solitaria es su estancia.  
Por las cuerdas del pecho sopla profunda tristeza.  
En gotas de rocío quiero hundirme y mezclarme con la ceniza.  
–Lejanías del recuerdo, deseos de la juventud, sueños de la niñez,  
breves alegrías de una larga vida,  
vanas esperanzas se acercan en grises ropajes,  
como niebla del atardecer tras la puesta del Sol–.  
En otros espacios abrió la Luz sus bulliciosas tiendas.  
¿No tenía que volver con sus hijos,  
con los que esperaban su retorno con la fe de la inocencia?

¿Qué es lo que, de repente, tan lleno de presagios, brota  
en el fondo del corazón y sorbe la brisa suave de la melancolía?  
¿Te complaces también en nosotros, Noche oscura?  
¿Qué es lo que ocultas bajo tu manto, que, con fuerza invisible, toca mi alma?  
Un bálsamo precioso destila de tu mano,

como de un haz de adormideras.  
Por ti levantan el vuelo las pesadas alas del espíritu.  
Obscuramente, inefablemente nos sentimos movidos  
–alegre y asustado, veo ante mí un rostro grave,  
un rostro que dulce y piadoso se inclina hacia mí,  
y, entre la infinita maraña de sus rizos,  
reconozco la dulce juventud de la Madre–.  
¡Qué pobre y pequeña me parece ahora la Luz!  
¡Qué alegre y bendita la despedida del día!  
Así, sólo porque la Noche aleja de ti a tus servidores,  
por esto sólo sembraste en las inmensidades del espacio las esferas luminosas,  
para que pregonaran tu omnipotencia –tu regreso– durante el tiempo de tu ausencia.  
Más celestes que aquellas centelleantes estrellas  
nos parecen los ojos infinitos que abrió la Noche en nosotros.  
Más lejos ven ellos que los ojos blancos y pálidos de aquellos incontables ejércitos  
–sin necesitar la Luz,  
ellos penetran las honduras de un espíritu que ama–  
y esto llena de indecible delicia un espacio más alto.  
Gloria a la Reina del mundo,  
a la gran anunciadora de Universos sagrados,  
a la tuteladora del Amor dichoso  
–ella te envía hacia mí, tierna amada, dulce y amable Sol de la Noche–  
ahora permanezco despierto  
–porque soy Tuyo y soy Mío \*–

tú me has anunciado la Noche: ella es ahora mi vida  
–tú me has hecho hombre–  
que el ardor del espíritu devore mi cuerpo,  
que, convertido en aire, me una y me disuelva contigo íntimamente  
y así va a ser eterna nuestra Noche de bodas.